

ca para regresar a España. Desde Bruselas, habíase llegado a Holanda, a Inglaterra, y viajado por Francia. En París se entusiasmó con las obras de Millet, Corot, Rousseau, Díaz y Puvis de Chavannes, y aumentó su admiración hacia las de Manet, Degas, Monet, Renoir, Pissarro, etc., de quienes, según hemos ya manifestado, había visto algunas producciones en las exposiciones de «Los Veinte», en Bruselas.

Desconocidos durante muchos años, empezaban esos maestros a ser muy apreciados. Su trato con los pintores franceses, sus relaciones con los jefes de las escuelas modernas, ejercieron en Regoyos una influencia muy provechosa. Su paleta, un poco negra en los lienzos pintados en Bélgica, se ilumina al contacto de Pissarro; su colorido se matiza merced a Renoir. Al igual que esos maestros, aprende a expresar el movimiento de los seres y de las cosas al resplandor de la luz; el aspecto de un rincón frondoso, de los árboles y del agua, según la hora del día; el ardor más o menos intenso del sol, según las nubes, etc.

«Hombre humilde y errante», como le llama Juan de la Encina, uno de sus críticos, pasa Darío de Regoyos su vida, desde que volvió a su patria, andando de un lado a otro: va donde le atrae su capricho pictórico. Recorre Castilla, Andalucía; hoy está en Navarra, mañana pasa el Bidasoa y permanece unas semanas en el Bearn o en las

Landas. Ultimamente se instaló en el bonito pueblo de las Arenas, cerca de Bilbao. ¿Hasta cuándo? Nadie, ni él, puede decirlo. Hombre humilde—nadie más sencillo—y errante, puede ser que se marche mañana. Interpreta su país, de Cádiz a Irún, de modo incomparable. En sus correrías por España, parecen las provincias vascongadas haberle sujetado y conmovido más que las restantes de la península, todas aún tan distintas e interesantes. En ese privilegiado

rincón que se halla entre el Bidasoa y el Nervión, ha descubierto sus más notables motivos, sus asuntos más expresivos «El otro día, — escribía a un amigo desde Madrid, donde se hallaba de paso, — estuve en el Pardo y entre aquellos árboles que han crecido mucho, no pensé en Goya, ni en sus majas, ni en Velázquez, ni en sus princesas que algún día pasaron por allí en litera; pensé en un pedacito de campo verde de Guipúzcoa o Vizcaya, y que, entre caseríos, bajo un cielo gris, me dejaran parecer como las vacas.» — «Nació mi arte en las provincias vascongadas», añadía Regoyos. No nos debemos, por consiguiente, sorprender de que haya observado y copiado con atractivo tan especial y tan particular, las cumbres eternamente coronadas de nieve de los Pireneos cantábricos, cuyas líneas rectas u onduladas, desarróllanse en un cielo purísimo y resplandeciente; de que siga con amorosa atención la carrera de la sombra en



REGOYOS. Mezquita de San Millán de la Gogulla, Rioja.